

## Por las encrucijadas de la Arquitectura

Donde aflore el hierro, la bauxita o el petróleo surge un pequeño hormiguero humano. Alrededor de las represas, sobre los campos yermos convertidos hoy en activos productores, nacen caseríos que convergen en nuevos centros.

El arquitecto debe estar presente para planificar con sentido funcional las urbanizaciones, para distribuir los conductos circulatorios, ubicar el centro cívico y levantar en él la Iglesia.

La iglesia. Es un problema especial, rico en soluciones aceptables. Flexible, adaptable a cientos de circunstancias... y sin embargo parece que el logro de un ideal en construcciones religiosas estuviera fuera del alcance de nuestras manos. No basta cemento, cabillas, vidrieras policromas. Hay un algo misterioso que parece poder eludir cálculos matemáticos, estudios de las más ajustadas proporciones y aun los mismos sueños del artista.

Las obras mejor acabadas, las más equilibradas, nos gritan a veces al entrar en ellas, la ausencia de una Presencia.

Y es que construir un templo es una tarea difícil.

No es construir un almacén o un hangar. No se trata de contar el número de habitantes de la parroquia, calcular la asistencia a los oficios divinos y dar a cada uno un metro cuadrado con la suficiente altura para no ahogarse.

En primer lugar, la gente va a congregarse allí, dentro de ese espacio logrado, pero no en filas paralelas como en las mesas de un comedor de internado, o de cuartel, sino alrededor de un punto que debe captar toda la atención, toda la expectación de esas personas congregadas; y a ese punto no sólo deben poder llegar con la mirada y con el corazón, sino que deben poder caminar hasta él para recibir el Sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor.

Por lo tanto el ambiente debe tener no sólo la suficiente capacidad sino la difícil cualidad de que el bautizado, llamado a celebrar los ritos divinos del sacrificio en su calidad de iniciado en el Sacerdocio de Cristo, pueda ver, seguir intensamente la Misa, palpar internamente, gustar desde su puesto el altar, besar la Piedra...

Es rechazable, según esto, toda forma arquitectónica que corte la unión del bautizado que va a ofrecer su sacrificio con el ara sacrificial y tanto más rechazable cuanto mayor sea el rompimiento.

La multiplicidad de columnas, necesaria en muchos tipos de construcción, es siempre distractiva; las naves laterales, los altarcitos, los púlpitos mal colocados producen el mismo efecto desorientador. La misma construcción de la iglesia les hace olvidar a los fieles el misterio del sacrificio y centrar su entusiasmo

en lo llamativo y sensacional: los brazos del predicador que se agitan enardecidos, la inflexión de su voz impostada y el acabado académico de sus párrafos.

Hoy los materiales nuevos se han puesto de nuestro lado. El hierro, el atrevido cemento pretensado evitan la multiplicidad de ambientes innecesarios. Y aunque es difícil lograr un espacio que se deje impregnar por la Presencia de Dios vivo, nunca se han realizado tentativas tan bien encaminadas como en la época actual cuando la técnica y un profundo movimiento dogmático y sentir litúrgico se han unido para vivir una esplendorosa renovación de los misterios de Dios.

Hoy día el hombre busca los caminos esenciales, el fresco cogollo de los manantiales y se aburre de zarandajos y espejitos de feria; se busca la sinceridad en el trato, el impacto directo, el blanco sin intermediarios. Y con estos principios de buscar lo esencial, de sencillez sincera, de economía de medios, van surgiendo miles de iglesias en todo el mundo cristiano. Sólo en Estados Unidos en el año 1960, se emplearon mil millones de dólares en la construcción de nuevas iglesias, llegando éstas a representar un 13,2% del total de los edificios públicos construidos.

Rechazar el momento actual es querer estacionar o fosilizar la vida de la Iglesia que va desarrollándose sin cesar hasta alcanzar la plenitud de Cristo.

Las iglesias de otros estilos correspondían a otros movimientos ya pasados dentro del plan providencial de Dios y del crecimiento de su Reino.

Puede ser que nos sintamos atraídos por la catedral gótica; pero las bóvedas de crucería no tienen el monopolio de lo divino, ni agotaron la expresividad de la Buena Nueva. Mucho ha influido en esta apreciación la literatura romántica y los trabajos de Víctor Hugo, Viollet-le-Duc, y Ruskin.. y el correspondiente resurgir del neogótico como estilo arquitectónico.

Pero si vamos a ser sinceros tenemos que confesar que al entrar en una de esas famosas catedrales, no es el sagrario o mesa del altar donde dirigimos nuestras miradas (por más que se diga que la perspectiva de los capiteles y zócalos etc. nos recoge la vista hacia ese punto central) sino a las claves de las bóvedas para extasiarnos con esa solemne altura alcanzada por la devoción y técnicas medioevales... o contemplamos las vidrieras como hogueras incandescentes encendidas en la penumbra de los muros. Se recuerdan sus armoniosas fachadas, sus arbotantes, sus portales laterales, el gran rosetón del coro; pero ¿quién me dice cómo es el sagrario de Chartres, de Notre Dame de París o de la catedral de Burgos?

Un misticismo algo sentimental invade el alma cuando la luz nueva de la mañana o la densa del atardecer colma suavemente el ambiente filtrada por el calidoscopio de los vitrales. Por desgracia el turismo frívolo y la crítica estética racionalista, ciega para el misterio, han aumen-

tado esa impresión de que la catedral gótica es la sala regia de un rey legendario, hace muchos siglos destronado por el pueblo.

La misma silueta imponente de la catedral tiene quizá algo más de monumento orgulloso, dedicado a la glorificación de una ciudad libre, que de ara de Dios, Piedra para el Sacrificio, Calvario o Mesa del Cenáculo.

Hoy día hemos superado la etapa romántica y nos acercamos a Dios, no para entregarnos a un deleite superficial, sino para buscar en El el sentido profundo de nuestras existencias angustiadas.

Por eso rechazamos toda imitación de estilos que respondan a ambientes o culturas sin vivencia actual, todo adorno no estructural; toda pintura o vidriera que no nos lleve a gustar del misterio. (...vidrieras costosas y vacías de sentido que se ven en ciertas iglesias de imitación, con santos llenos de azucenas simbólicas, con halos, con rompimientos de nubes en espera de ángeles y querubines, todo bien dibujado, bien destacado anecdóticamente y a sus pies el nombre del santo escrito en letra gótica, de esa que se usa para los diplomas de graduación sobre un pergamino desenrollado.) Y aunque no es mi propósito poner ejemplos concretos, recuerdo con gusto la capilla particular de un colegio de religiosas en Caracas cuyo fondo total eran unos sencillos vidrios planos que dejaban transparentar toda la lozanía multicolor y fresca del jardín que se extendía detrás de la capilla.

Hay que pensar en una solución a esas capillas secundarias exuberantes que con imágenes "devotas" de fabricación en serie, atraen al pueblo inocente, que entra en la iglesia para poner un cirio a tal o cual santo y que vuelve a salir sin recordar que la iglesia tiene un altar con un sagrario.

Por eso es necesaria la labor unida de arquitecto y escultor. La iglesia hay que pensarla desde un principio en su totalidad y no dejar sólo nichos y doseletes para que la devoción del pueblo los vaya llenando con estatuas del peor gusto, desiguales, distractivas, que hacen del templo un triste muestrario de imaginería barata.

Y si del espacio ambiente pasamos a su centro, el altar, nuestro trabajo de limpieza resulta ser mucho mayor. Abundancia de gasas, velos, tules, flecos dorados, paños bordados por manos femeninas que trabajaron con voluntad de oro (pero sin sentido de cómo debía encajar su trabajo en la entraña total del templo vivo), ángeles de bello rostro femenino que sostienen lampadarios, macetas multicolores llenas de flores artificiales (el último grito de imitación en plástico), cortinajes de seda, bambalinas teatrales sin discreción... El mismo altar con exhibición de santos, o sostenido por columnitas rematadas en arcos apuntados del más avanzado estilo flamígero... y de mármol. O de madera o cartón; pero siempre pintado en forma de paneles de mármol con vetas de varios colores que casi parecen de verdad. Porque el mármol indica elegancia aristocrática.

"Supe una vez— dice J. M. Valverde, en un interesante folleto— de ciertas monjas que andaban reuniendo algún millonaje de pesetas para revestir de mármol la capilla del colegio; sin embargo tal como estaban todavía sus paredes, con su ladrillo vivo y caliente, resultaban mucho más hermosas que con la inminente empalagosidad de unos marmolitos de carnicería enriquecida. Pero la cuestión se reveló compleja: se trataba de un colegio "bien", y si no se ponía el mármol, muchos papás, muchas mamás—sobre todo— retirarían a las niñas por sentir las "déclassées".

No olvidemos que las cosas sencillas están más cerca de Dios. Que la ofrenda es Pan y Vino.

"Después de todo —dice M. A. Couturier— ¿de qué tenemos absolutamente necesidad en una iglesia?... Un altar,... una cruz... un tabernáculo...

"Encarguemos al carpintero de carretas del pueblo, —sigue diciendo— una sólida mesa de madera, una de esas nobles y macizas mesas de las haciendas, grandes, bajas. Aun hoy día en nuestras campiñas algo aisladas, el estilo de los arados, el de los yugos de bueyes, el de las grandes carretas campesinas es incomparable. Tan firme, tan bello, como las esculturas africanas.

O bien, si hay piedras en la región y se prefiere el altar-tumba, mandemos hacer al tallador de piedra una verdadera oquedad parecida a la de las sepulturas, y celebremos la Misa sobre su losa.

Y si averiguamos, por cierto, que ni el artista campesino es capaz de hacer nuestro encargo, entonces ¿por qué no la piedra de Jacob o esas piedras del Exodo, que el cincel no debe tocarlas por miedo a que queden profanadas?...

No faltan en nuestros campos y bosques esas grandes piedras. Se las podría transportar a nuestras iglesias. Se la dejaría tal cual ellas son con solamente una cara someramente aplanada para sostener el misal y el cáliz... Que el Obispo las consagre y que se rodee a éstas piedras de verdadero respeto, de un culto auténtico. *Petra erat Christus*. Progresivamente el sentido del misterio y de lo sagrado, el sentido de la Presencia y de la Encarnación de Dios en el mundo que El ha creado ganaría el resto de las liturgias, las fuentes de la imaginación y el fondo de los corazones".

Quizá en algunos sitios será muy difícil desarraigar ciertas viejas costumbres y una reforma rápida acarrearía más males que bienes.

Pero en Venezuela están surgiendo ciudades nuevas, se están creando parroquias en cientos de barrios, se dividen las antiguas al multiplicarse la población y el sacerdote y el arquitecto pueden realizar juntos una tarea de renovación espiritual, una evangelización, una eficaz iniciación en los Ministerios construyendo una iglesia eficaz para que la comunidad de los Bautizados ofrezca su sacrificio.

JOSE M. LASARTE S. J.